

El piano

Para no pasar por melófobo, no diré que la música me deja frío. Pero he de agregar que no me gusta tanto como pretenden algunos que los hacen a ellos, sin duda para presumir de artistas a *nativitate* ó de críticos musicales expertos. Wagner, tan negado hasta cuando el pobre Nietzsche rompió con él, diciendo de su música que era pesimista y demasiado llena de arrequives, vino a convertirse en el apóstol de las nuevas corrientes artísticas, creando un verdadero regimiento de imitadores que, si no escribían solía precisamente, defendían y difundían la del maestro, lo cual es demasiado. Hay quien se queja de que el cuento y la novela y hasta el verso anden en la pluma de menguados folclorarios y grafómanos acéfalos: si el arte de escribir no estuviera al alcance de todo el mundo, otro gallo cantaría a la literatura, y tal vez se podría llegar, merced a ella, a la manera de vivir sabia y honestamente.

Aseguro a usted, señorita, que el piano me aburre soberanamente, y a mí me aburre lo mismo que a otros aburra, por exceso de tocadores y por falta de alma y de gusto.

Además, el tal instrumento ha venido a convertirse en adorno obligado de todos los salones, pobres y ricos, empingorotados y humildes, gracias a... que se regalan, ó algo parecido.

Si para Napoleón, según cuentan, era la música el menos desagradable de los ruidos; y cuidado que él se regodearía con lo mejor, por decir esto que en el presente momento histórico y comercial se aguanta, ó debería aguantarse todo, menos el piano, traído y llevado como anda por la turba de aficionados en cuyo espíritu no encontrarán sus notas más ecos que los mendaces de una scudoinspiración cursi y adocenada. Digo que el comercio tiene la culpa de ello, y no necesito hablar mucho para probarlo.

Entiendo vivir en un país privilegiado hasta por la naturaleza. Al que diga que no somos ricos, puede contestársele que miente; al que sostenga que nuestras mujeres no son hermosas, espirituales y sencillas, lo mismo. Harto sabemos, no embargante lo dicho, que la ocupación primordial de esas mujeres nuestras no consiste en conversar, en discutir, en apurar temas literarios ó sociales mostrando todo lo que han atesorado en el curso de sus lecturas ó de su comercio de gentes. La tendencia de ellas, y de otras que no son ellas, consiste en emprenderla con el malhadado instrumento de marras, para hacernos creer en lo hondo de las raíces afectivas ó intelectuales en que reposa su producción, ya sea propia, ya imitada.

Hay padres de familia (me consta, señores) que están desesperados desde que el vendedor de pianos los pone al alcance de todos los bolsillos, mediante el pago en cuotas irrisorias. Si algo contenía a las niñas en sus aficiones al arte de Liszt era la imposibilidad de sufragar un gusto tan grande como el que implicaba la adquisición de tal aparato. Hoy en cambio, lo tienen; tienen piano y además tienen locos a todos los vecinos, víctimas propiciatorias de los números, así, en plural, que presiden a tan sencillas lucubraciones.

Conversando con una señorita, pregunté, pues estábamos en un salón dedicado a música, si sabía tocar... eso.

Al principio me pareció impertinente la pregunta, pues lo menos que puede saber una joven es aporrear las teclas de un pedestal.

Me contestó, sin embargo, negativamente y se lo juro a ustedes, desde ese momento traduje que mi interlocutora era una mujer superior.

Porque, según los dictados de la experiecia, en estas excepciones debe buscarse á los espíritus sensatos y cuerdos.

Cuando paliqueaba con la dama de autor a propósito de si se parecía ó no a todas las demás, tenía la convicción de haberme las con una artista, tales eran el encanto de su conversación y el fulgor de su mirada. Después, ya sin engaño, me regocijé en el fondo de sentirme tuve audazmente que menos que nada, la mujer no debía ignorar las notas del pentagrama ni la interpretación de las sonatas y nocturnos y melodías tales y cuales.

Quise creer que tratándose de cosa relativamente fácil y baladí, debían ser ellas



nadie más quienes la conociesen al dedillo y la sacasen á relucir cuando fuera necesario; y no agregué que por razones naturales el hombre se abstiene de practicarlo, porque hubiera acaso herido cuerdas más sensibles que las del piano, cosa digna de evitarse por muchos motivos.

Lo peor, después de todo, es que, como ocurre en otra ralea de actividades artísticas, á la mujer que de tal tiene el alma y la fantasía, le cuesta Dios y ayuda sobresalir. Se ha sembrado en tal forma la desconfianza, que aun estando en presencia de un verdadero talento musical, se cree padecer equivocación, se cree estar alucinado, ya sea por la hermosura de quien toca, ya por la grácil agilidad de sus dedos, ya porque la modestia misma con que se disfraza la ejecución.

En último trance, me suena reseñar, decir á una señorita que no sabe de la misa la media tocante al divino arte. Me gustaría por el contrario, muchísimo, oírla discutir con eloquencia comunicativa lo inútil que resulta aprender por cuenta ajena, teniendo... la no menos divina música de una voz tenue, cálida, argentina y vibrante.

PATER